



sueño fingido

El sonido parecía haberse vuelto
al seno de la nada.
Ni el balar de las ovejas ya se oía,
ni el volver de los gañanes a las cuadras,
ni el hablar de los vecinos en sus puertas,
ni el rondar de los zagales las ventanas.
Parecía que al imperio de los seres
sucedió... el imperio de la nada.
Yo, que bajo un árbol de un hermoso huerto
el cielo contemplaba,
sentía dulcemente,
cual se siente en los momentos de la infancia,
que mis ojos oprimidos por el sueño,
y mis labios elevando una plegaria
al trono de la Virgen,
cerrados se quedaban.
Y tanta era la dicha
que la vista de los mundos me causaba
que, a poco de sentarme,
y no habiendo terminado la plegaria,
mi sueño era profundo,
mi espíritu soñaba.
¡Qué extraño era mi sueño!
¡Qué escenas contemplaba!
Con asombro que en terror se convertía,
con el pasmo de la cosa inusitada
vi a la luna que seguida de ocho estrellas
las regiones de lo inmenso abandonaba,
y entre notas de una música muy dulce
a la Tierra velozmente se acercaba.
El choque de diez mundos
y el rodar por los espacios esperaba,
mas... todos de repente
detienen en su marcha,
y en vez de nueve mundos
contemplo nueve damas.
Entonces una de ellas,
la que era la más guapa,
dirigiéndose hasta cerca de mi lecho,
me da un beso en la cara,
y con voz que de mortal nada tenía
me dice estas palabras:
La reina soy del cielo,
María Inmaculada.
Llegada que es la noche
me traslado aquí a la tierra con mis damas,
visito a los que duermen,
y a todo el que rezaba,
al tiempo de dormirse,
las palabras con que el Angel me llamara
le premio con un beso,
y al Angel de su guarda
le mando que le vele
debajo de sus alas.

B. SANTA-OLALLA